

crisales, como el personaje de Cocteau, hasta profesor de trigonometría, la más angélica de las cátedras que yo conozca. Pero el novelista no podrá escapar a su responsabilidad sino a condición de dejar de serlo. Y esto, que François Mauriac aplaude en la dolorosa retirada de Racine, es lo que el mismo concepto de su religiosidad católica no le ha enseñado aún: el aprendizaje del silencio.—J A I M E T O R R E S B O D E T.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Carta de Madrid.

UNA COMEDIA NUEVA

TARARI...! es el rótulo de una comedia flamante. Pero es un trompetazo de rebeldía, el primer trompetazo de la temporada. Valentín Andrés Alvarez, autor de la obra, ha querido estremecer todo el ambiente de pacatería y sopor en que naufraga nuestro teatro, y no ha dejado de conseguirlo, aunque no con la amplitud deseada por sus merecimientos. Dormimos demasiado a lo largo de la cómoda cursilería de la costumbre; la general sensibilidad de las gentes se refugia entre algodones tradicionalistas aún. Público gazmoño el nuestro. Público de gustos redondos y lustrosos como la calderilla....

¡*Tarari*...!, sin embargo, levantó revuelo entre las aristocracias intelectuales de la Corte, y se aferró a las carteleras de dos coliseos: Lara y la Zarzuela. La crítica se ha constituido en su mejor sostén. ¿Quién ha dicho que no hay crítica en nuestro país? Y un auditorio inquieto—guerrilleros por voluntad, tercio obstinado de obstinados empeños—llevó el éxito a la calle, lo expandió y colgó por todos sitios. Si valiera decirlo, yo aseguraría que he visto en muchas partes, después de la primera representación (en las farolas y en los árboles de Madrid, en las solapas de los transeuntes), un inverosímil, pequeño cartel que decía: «¡*Tarari*...!» «Triunfo del teatro moderno».

* * *

¡Tarari...! no es una obra trascendental; no quiere serlo al menos. Parece más un doble juguete humorístico. Doble, porque juega en ella el autor a hacer teatro, y los locos juegan a los cuerdos. ¿Puede verse cosa más trascendental sin que ese fuera el propósito? La tragedia—porque la hay—no sale del escenario. La cercan las bambalinas y las candilejas de un frente, y el telón de fondo por otro. Es una tragedia irisada y maleable que viene y va, como un balón infantil, de unas manos a otras entre los protagonistas. A veces falta acción en la pieza, pero sobra intención para escamotear el vacío. Por otro lado, órlase con abundancia de situaciones, «madejas de efectos escénicos» al decir de Pirandello. Un tema de orates y normales, aunque de sí manido, siempre presta actualidad provechosa; sobre todo si, como en este caso, están ausentes la sensiblería y el mal gusto. Porque lo que debe proscribirse en la escena es el destacado afán pedagógico, tan insinuante en un buen haz de escritores, por la moral más rudimentaria. La misión del artista—autor, creador—tiene superiores trayectorias; ya el maestro de escuela, con oportunidad, sabe inclinar al educando hacia ternuras indispensables, que le obligan a ser compasivo con los dementes, por ejemplo. ¿Qué sería del arte entonces, sin la atmósfera propia, sin la emancipación necesaria para cumplir autóctonos designios? Valentín Andrés Álvarez busca otras verdades en la red de la farsa. Verdades de calidad psicológica; gestos y actitudes. Una precisa actitud y un ademán a tiempo son concreciones tan contundentes para él como un teorema matemático o una ley física. Imágenes, en el fondo. Poesía. ¿No se reveló hace años como poeta? Y con las imágenes, la palabra justa. Su norte, como si dijéramos.

La justeza en arte es manjar que no todo iniciado paladea. Porque justeza no quiere decir a cada hora ponderación y equilibrio, calco de episodios caseros. En ocasiones surge en ensamble con la arbitrariedad, y es cuando depara imprevistos resultados. Ser justo, verbigracia, en un motín de locos en que éstos acaban suplantando a los guardianes y demás personal del manicomio, consiste en dar aire de realidad al conflicto en que la obra se precipita. Consiste en decir al público: «Esto, sólo esto pasaría si la farsa no fuera farsa, si ella tomara cuerpo en la vida de todos los días». Y a tal punto llega la exactitud—dentro de la arbitrariedad—con que el autor maneja sus figurillas, que nadie osa rebatirle. Cuando la policía penetra en el establecimiento no sabe uno a qué atenerse. ¿Quiénes son los reclusos? ¿Quiénes los sanos?

Bastaría a desnaturalizar la trama una voz intrusa, un inadecuado, movimiento. Pero no sucede así. El estilo de Valentín Andrés Álvarez hace de primer actor; del único primer actor que hay en el reparto.

La literatura de Valentín Andrés Álvarez no fué, hasta esta fecha, literatura de proscenio. Ya hemos dicho que se remansó en el poema al principio; en un poema novedoso y con aristas como cualquier sal cristalizada. Hombre de laboratorio, el escritor sentía reflejarse las cosas en su espíritu, a manera de ecuaciones. El guarismo que canta, la fórmula que se estremece armónicamente ofrecieron cauce y estructura a los versos. *Reflejos* se llamó el libro con tales características. Después surgió la primera novela, *Sentimental Dancing*, de la cual muchos capítulos se publicaron en la *Revista de Occidente*. En *Sentimental Dancing* ya apunta el humorista de ¡*Tararí...!*, entregado a la sazón al repujado de una prosa densa y complicada de matices.

Alguien ha dicho—creo que él mismo—que Lenormand y Jules Romains le han llevado al teatro con los talismanes de sus obras. Pero el «savoir faire» de Cocteau no le es ajeno tampoco. Son influencias y afinidades que se respiran ya en la vía pública, sin que tengamos que buscarlas en los libros. Son como las ondas hertzianas, que se dan a cualquier llamada amorosa de una antena.

Bello cohete éste de ¡*Tararí...!* aderezado con pólvora de juventud. Que cunda el torneo luminoso de inquietudes que él inicia en el presente curso teatral. Que la suerte le libre del camino adusto de sus predecesores y sin otro eco que el aplauso de las minorías prestigiosas y el apoyo integral de unos pocos. Volvamos la vista al fenecido y noble *Caracol*, que Rivas Cherif domesticó en la Sala Rex; a los amigos de Valle Inclán; al grupo de Baroja. Y, sin ir más lejos, hacia la laureada comedia de Ugarte y López Rubio, hacia *Sinrazón*, de Sánchez Mejías. ¿Dónde fué a desflecarse tanto esfuerzo?

¡*Tararí...!* entraña un símbolo. Este: «Ni están todos los que son ni son todos los que están». Apliquemos la frase a los empresarios y autores y que el público diga su palabra. Su palabra—justa, auténtica, actual—de creador. Porque también él va modelando a los artistas y a las artes si no se apoltrona en la indiferencia, si sabe renacer cada jornada como los astros.

LA RIQUEZA ARTÍSTICA ESPAÑOLA

CON qué desconsuelo salieron a la calle las voces de alarma de nuestra Academia de Bellas Artes! Tal vez sea ésta la primera ocasión en que centro semejante da idea de vida o fe de espanto en su largo proceso de senectud. Tan vieja estaba ya, tan galvanizado iba poniéndose su espíritu, que ni el acento de los tiempos penetró su epidermis, hoy que nada se sustrae al influjo de las horas. «De las Academias ¡líbranos, Señor!», impetró el poeta años atrás. Porque las Academias—podríamos agregar nosotros—no ofrecen sino polvo sin aroma y prejuicios sin alma. Porque la nieve de los inviernos las ha petrificado sin misericordia. ¿Qué fuego—indignación, entusiasmo delirante—puede ser capaz de remover su hieratismo gélido, ahora que los fríos se avecinan, cuando el jardín de Academus se deshoja acicateado por aires rebeldes y audaciosos? Tremenda fué la sacudida del antiguo caserón de la de San Fernando. Si su grito no aventajara al del cisne, por bien empleado se celebraría. Traspasó los muros y las gutaperchas de los sillones y corrió por todo el país a la grupa de los diarios y el telégrafo, con un dejo de dolor y rabia. «¡Nos están robando la flor de nuestros siglos! ¡Nos están robando a girones el espíritu español!», parecía clamar la Academia.

* * *

«¡Nos están robando el espíritu de España!» Así es. Y nosotros, españoles torpes, confiados españoles que al amparo del campanario tostamos la panza al sol, seguimos sin enterarnos todavía. ¡Qué importa!... ¿El espíritu? ¿La historia?...

Pero no es de estos meses el desvalijamiento artístico que denuncia la venerable Corporación. Hace ya muchos años que el éxodo de nuestros tesoros se emprendió vergonzosamente. En Estados Unidos, en Inglaterra y Francia abundan joyeles españoles que fueron adquiridos a precio de oro en nuestra tierra. Recordad el escándalo que el robo de unos «Grecos» y «Velázquez» produjo en la península. Deteneos en la prensa provinciana alguna vez, que no será raro hallar ésta o aquella advertencia alarmante con miras a la protección de un cacho de alma secular enquistada en una Iglesia ruinosa o en un

mármol olvidado. Oíd las voces de los circunspectos académicos de Bellas Artes. Cada palabra suya es una acusación. En Granada, en Burgos, en todas partes se han descubierto latrocinios sin número. Hoy es un retablo; ayer una cerámica, anteayer un mueble histórico. Eso, que se sepa; pues, por lo común, permanecen inéditas las maniobras de los chamarileros, españoles en su mayoría generalmente. Donde se advierte el saqueo es en los templos y catedrales, sagrarios de bellezas infinitas y sin más control y custodia que la voluntad de los que los regentan. A veces, la voluntad está en pugna con los fervores estéticos, y entonces el «marchante» encuentra tierra propicia para echar raíces. . . .

* * *

Contra la codicia ambiente hay que luchar. Pero no vendría en saco roto una campaña educadora en este sentido. Tanto como el afán de lucro puede la ignorancia. Está bien que el Estado tome sus medidas para castigar a quien deba poner coto a futuros asaltos; pero va siendo imprescindible que los ciudadanos nos acostumbremos a tener afecto por las cosas de arte. No sólo no sentimos inclinaciones devotas hacia ellas, sino que las odiamos o desdeñamos en principio. ¿Hasta cuándo hemos de compadecer a un pintor o escultor, por ejemplo? Aún nos inspira risa ese hombre melenudo que trasplanta el mar a un lienzo o juega a los colores de la tarde con los pinceles. Nuestros niños no saben todavía que el pasado—nuestro pasado—, la carne de nuestras ideas y sentimientos, como si dijéramos, vibra y canta en una ojiva gótica o en una puerta romana. Una victoria militar de nuestros abuelos debe enorgullecernos siempre; pero un cuadro de Goya, con mayor motivo. Aquélla vale por toda una época, por un siglo, si queréis. Este, por toda una eternidad. Que la comezón del materialismo, en auge, no nos desfigure.

Hasta los pueblos tildados de más materialistas pueden enseñarnos con su conducta. Los yanquis—dioses del «dollar»—guardan con religiosidad sus restos coloniales. Ahí están los vestigios de la dominación española, en Nuevo México, Texas y California, como voceros de su amor por lo que fué. De los padres y los maestros cabe esperar mucho. Y de la Academia de Bellas Artes, que debe ser algo más vivo y eficiente que un «club» de señores anquilosados.—J. PÉREZ DOMENECH.—Madrid, Noviembre de 1929.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.